

SARAH DESSEN

Léela ya,
¡rechazo
inmediato!

Dime
*¿qué significa
para siempre?*

Por la autora de *Una canción para ti*

MAEVA  young

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Créditos

*Para Jay, como siempre, y para mis primos, que, igual que
yo, conocen de memoria la vista del río y la bahía, las com-
plejas
reglas del escondite, y todas las maneras de las que
No Puedes Ir al Cielo.*

*Nombraros a todos daría para un libro entero:
ya sabéis quiénes sois.*

1

Jason se iba al campamento para cerebritos. Tenía otro nombre, uno más serio, pero así era como lo llamaba todo el mundo.

–Muy bien –dijo, y embutió un último par de calcetines en el borde de la maleta–. La lista. Otra vez.

Alcancé el papel que tenía a mi lado.

–Bolígrafos –fui enumerando–. Cuadernos. Tarjeta del teléfono. Batería de la cámara. Vitaminas.

Jason recorrió con los dedos el contenido de la maleta para localizar e identificar cada cosa. Lo revisó dos veces. Siempre tenía que asegurarse de todo.

–Calculadora –continué–. Ordenador portátil...

–¡Espera! –exclamó, y levantó la mano; se acercó a su escritorio, abrió la cremallera de la funda negra y delgada que había encima y me hizo un gesto con la cabeza–. Pasa a la lista número dos.

Bajé hacia el final de la lista hasta encontrar las palabras ORDENADOR PORTÁTIL (FUNDA), y me aclaré la garganta antes de proseguir:

–CD vírgenes. Protector de sobrecargas. Auriculares...

Después de repasarlo todo y de terminar la lista principal –tuve que hacer otra interrupción para revisar otros dos subapartados, NECESER y VARIOS–, Jason parecía casi convencido de que lo tenía todo. Lo que, sin embargo, no evitó que siguiera dando vueltas por la habitación murmurando para sí. Ser perfecto suponía mucho trabajo. Si no querías ni despeinarte, no tenía sentido molestarse siquiera.

Jason conocía la perfección. Al contrario que para la mayoría de la gente, para él no era un horizonte remoto. Para Jason, la perfección estaba justo en la colina de ahí al lado, lo bastante cerca para divisarla. Y no era un sitio adonde iría simplemente de visita. Iba a quedarse a vivir allí.

Era el campeón de matemáticas del estado, el capitán

del equipo de debate, el que ostentaba la nota media más alta de la historia de nuestro instituto (iba a clases de excelencia desde primer curso, a clases de nivel universitario desde cuarto); también el presidente del consejo estudiantil por segundo año consecutivo, el promotor de un innovador programa de reciclaje en el instituto que ahora se aplicaba en varios distritos del país; hablaba francés y español con fluidez. Pero no solo destacaba en el campo académico. Jason también era vegano y había pasado el verano anterior construyendo casas para Hábitat para la Humanidad. Practicaba yoga, visitaba a su abuela en la residencia cada dos domingos, y tenía un amigo nigeriano que había conocido por Internet con el que se escribía desde que tenía ocho años. Todo lo que hacía lo hacía bien.

Mucha gente podría considerar todo esto un poco irritante, incluso odioso. Pero yo no. Jason era justo lo que yo necesitaba.

Lo supe desde el primer día que lo vi, en clase de inglés cuando estábamos en cuarto de secundaria. Nos habían dividido en grupos para hacer un trabajo sobre *Macbeth* y en el mío estábamos Jason, yo y una chica que se llamaba Amy Richmond y que, después de juntar las mesas, se apresuró a comunicarnos que «era un desastre para esa mierda de Shakespeare» y después apoyó la cabeza en su mochila. Al segundo siguiente, estaba dormida como un tronco.

Jason se limitó a mirarla.

–Bueno –dijo a la vez que abría su libro de texto–, creo que será mejor que empecemos.

Eso fue después de que pasara todo; yo estaba atravesando una fase silenciosa. No me resultaba fácil encontrar las palabras adecuadas. De hecho, a veces llegaba a tener problemas para reconocerlas; había frases enteras que al leerlas me parecían escritas en otro idioma, o incluso escritas al revés. Unos días antes, al anotar mi propio nombre en una hoja, hasta había dudado de las letras y de su orden, pues ni siquiera de eso estaba ya segura.

Así que, como era de esperar, *Macbeth* me desconcertó

por completo. Me había pasado todo el fin de semana luchando con el lenguaje anticuado y con los nombres tan raros de los personajes, incapaz incluso de descifrar los aspectos más básicos de la historia. «Si yo hubiese muerto una hora antes habría vivido una existencia feliz; porque, desde este instante, nada mortal es digno de atención, todo es juguete del destino.»

No, pensé. Nada.

Por suerte, Jason, que no estaba dispuesto a dejar que su nota dependiera de nadie, estaba acostumbrado a asumir el control de los trabajos en grupo. Así que abrió su cuaderno por una hoja en blanco, sacó un bolígrafo y le quitó el capuchón.

—Lo primero —dijo—, centrémonos en los temas fundamentales de la obra. Luego ya pensaremos sobre qué podemos escribir.

Asentí. A nuestro alrededor, oía el parloteo de nuestros compañeros y la voz cansada del profesor de inglés, el señor Sonnenberg, repitiéndonos que nos pusiéramos a trabajar.

Jason se saltó unos cuantos renglones de su hoja. Vi que escribía «Asesinato». Tenía una letra muy clara, como de imprenta, y escribía con agilidad. «Poder. Matrimonio. Ven-ganza. Profecía. Política.» Parecía que podría pasarse una eternidad escribiendo, pero de pronto dejó de escribir y me miró.

—¿Qué más? —preguntó.

Volví a clavar la vista en el libro, como si de alguna manera las palabras fuesen a decirme algo coherente. Noté que Jason me miraba, pero no con descaro, sino esperando que yo aportara algo.

—No... —dije por fin, luego me interrumpí, como si las palabras se apelmazaran. Tragué saliva y volví a empezar—. No lo entiendo. En serio.

Estaba segura de que al oír aquello, me lanzaría la misma mirada que a Amy Richmond. Pero Jason me sorprendió cuando dejó el bolígrafo encima de la mesa.

—¿Qué parte no entiendes?

–Ninguna –contesté, y cuando vi que él no hacía un gesto de impaciencia, como yo esperaba, añadí–: O sea, sé que hay una trama para cometer un asesinato y sé que hay una invasión, pero el resto... No sé. Es todo muy confuso.

–Escucha –dijo, y recogió el bolígrafo–, no es tan complicado como cree. La clave para entenderlo bien es empezar por la profecía sobre lo que va a ocurrir... ¿ves?, aquí...

Empezó a pasar páginas de su libro sin dejar de hablar, y me señaló un fragmento. Luego lo leyó en alto, y al recorrer las palabras con el dedo fue como si las cambiara, como si hiciera magia: de pronto, cobraron sentido.

Y sentí un tremendo alivio. Por fin. Lo único que había deseado durante mucho tiempo era que alguien me explicara de aquella manera todo lo que me había pasado. Que lo expusiera con claridad en una hoja de papel: esto conduce a esto y esto otro conduce a aquello. En el fondo, sabía que era más complicado que todo eso, pero al observar a Jason me sentí esperanzada. Se había enfrentado al galimatías de *Macbeth* y lo había desenmarañado, y yo no pude por menos que preguntarme si sería capaz de hacer lo mismo conmigo y de la misma manera. Así que me acerqué a él y no me volví a separar desde entonces.

Ahora estaba cerrando la cremallera de la funda del ordenador, que dejó encima de la cama junto al resto de sus cosas.

–Bueno, vámonos –dijo, echando una última mirada a su cuarto.

Cuando salimos, sus padres ya nos esperaban en el Volvo. El señor Talbot se bajó, abrió el maletero; él y Jason tardaron unos minutos en colocar todo el equipaje. Cuando me senté en el asiento trasero y me abroché el cinturón, la señora Talbot se volvió y me sonrió. Era botánica, su marido farmacéutico, ambos profesores universitarios. Eran tan académicos que me resultaba raro verlos sin un libro entre las manos, como si les faltara la nariz o los codos.

Intenté no pensar en ello cuando la señora Talbot me dijo:

–Bueno, Macy, ¿y qué vas a hacer sin Jason hasta agos-

to?

–No lo sé –respondí.

Yo iba a trabajar en la biblioteca, sustituyendo a Jason en el mostrador de información, pero aparte de eso, las siguientes ocho semanas se presentaban vacías y amenazadoras. Aunque tenía varios amigos que pertenecían al consejo estudiantil, también ellos se habían ido a pasar el verano fuera, a Europa o a algún campamento. Para ser sincera, Jason y nuestra relación consumían bastante tiempo: entre las clases de yoga y el trabajo del consejo estudiantil, por no mencionar los asuntos que tratábamos, no tenía mucho tiempo para nadie más. Además, Jason a menudo se llevaba decepciones con la gente, así que yo nunca me decidía a invitar a nadie a salir con nosotros. Si eran lentos o vagos, en algún sentido, enseguida perdía la paciencia, así que era más fácil salir sola con él o con sus amigos, que sí le seguían el ritmo. La verdad es que yo nunca me había planteado si aquello era bueno o malo. Sencillamente, éramos así.

De camino al aeropuerto, Jason y su padre hablaron de unas elecciones que acababan de celebrarse en Europa, su madre se inquietó por el tráfico y las obras de la carretera y yo permanecí en silencio observando los dos centímetros que separaban mi rodilla de la de Jason y preguntándome por qué no me acercaba más a él. Aquello no era nuevo. Ni siquiera me había besado hasta nuestra tercera cita, y ahora, año y medio después, aún no nos habíamos planteado llegar hasta el final. En el momento en que nos conocimos, hasta un simple abrazo me resultaba difícil de soportar. No quería que nadie se me acercara demasiado. En aquel momento era lo único que yo quería: un chico que entendiera cómo me sentía. Sin embargo, ahora, a veces deseaba algo más.

En el aeropuerto, nos despedimos junto a la puerta de embarque. Sus padres lo abrazaron y después cruzaron discretamente la sala de espera para quedarse junto a la ventana y contemplar la pista y la gran franja de cielo azul que flotaba sobre ella. Rodeé a Jason con los brazos y me em-

papé de su olor –a desodorante deportivo en barra y gel contra el acné– para que me durara algún tiempo.

–Te voy a echar de menos –dije–. Muchísimo.

–Serán solo ocho semanas.

Me besó en la frente. Luego, precipitadamente, tan deprisa que no me dio tiempo a reaccionar, en los labios. Se apartó y me miró mientras me abrazaba por la cintura y me apretaba contra sí.

–Te escribiré –prometió, y volvió a darme un beso en la frente.

Cuando desapareció por el pasillo hacia el avión acudiendo a la llamada de su vuelo, me quedé junto a los Talbot y lo seguí con la vista con un nudo en la garganta. Iba a ser un verano muy largo. Yo quería un beso de verdad, algo que pudiera retener en la memoria, pero había aprendido hacía mucho tiempo a no ser exigente con las despedidas. No estaban garantizadas ni aseguradas. Y tenías suerte, más que suerte, si llegabas a disfrutar de la posibilidad de despedirte.

Mi padre murió. Y yo estaba con él.

Por eso me conoce la gente. No como Macy Queen, la hija de Deborah, la que construyó unas casas preciosas en calles privadas nuevecitas. Ni como la hermana de Caroline, que el verano anterior había celebrado la boda más hermosa que se recordaba en Lakeview Inn. Ni siquiera como la que una vez ostentó el récord de los sesenta metros lisos en la categoría de secundaria. No. Yo era Macy Queen, la que cuando se despertó el día siguiente a Navidad y salió a la calle se encontró a su padre despatarrado mientras un desconocido le hacía un masaje cardíaco. Yo vi morir a mi padre. Esa era yo.

Cuando la gente se enteraba, o me veía y recordaba el episodio, siempre ponía la misma cara. La de expresión de lástima, con la cabeza ladeada y la barbilla baja: «Dios mío, pobre criatura». Aunque lo hacían con buena intención, pa-

ra mí no era más que una reacción de los músculos y los tendones que no significaba nada. Nada en absoluto. Odiaba aquella cara. La veía por todas partes.

La primera vez fue en el hospital. Yo estaba sentada en una silla de plástico junto a la máquina de bebidas cuando mi madre salió de una pequeña sala de espera, adyacente a la principal. Yo ya sabía que era allí donde llevaban a la gente para comunicarle las peores noticias, que se había acabado la espera, que su ser querido había muerto. De hecho, acababa de ver a otra familia realizar la misma secuencia: subieron aproximadamente diez escalones y doblaron la esquina para pasar de la esperanza a la desesperación. Cuando mi madre –ahora presa de este último estado– se acercó a mí, lo supe. Y tras ella estaba esa enfermera regordeta con un gráfico en la mano que me vio allí de pie con los pantalones del chándal, aquella sudadera que me quedaba enorme, las viejas zapatillas malolientes, y puso la cara. «Oh, pobrecilla.» Pero en ese momento no tenía ni idea de que aquella expresión no me dejaría ni a sol ni a sombra.

Vi La Cara en el funeral, por todas partes. Era la máscara habitual de la gente que se apiñaba en los escalones, la que se había sentado en los bancos y murmuraba en voz baja, y me lanzaba miradas de soslayo que yo era capaz de sentir incluso con la cabeza inclinada, con los ojos clavados en el negro opaco de mis medias y en las rozaduras de mis zapatos. Mi hermana Caroline sollozaba a mi lado: así estuvo durante todo el funeral, cuando recorrimos el pasillo de la iglesia, en la limusina, en el cementerio, en la recepción posterior. Lloró tanto que me pareció poco apropiado que yo también lo hiciera aunque hubiera querido. Habría parecido un exceso que otra persona hubiera derramado aún más lágrimas.

Odiaba encontrarme en aquella situación, odiaba que mi padre se hubiera ido, odiaba haber estado soñolienta y perezosa aquella mañana y haberle hecho un gesto para que saliera de mi cuarto cuando entró con su camiseta apestosa de la carrera de cinco kilómetros de Waccamaw y se inclinó

para susurrarme al oído: «Macy, despierta. Te daré ventaja. Venga, ya sabes que los primeros pasos son los que más cuestan». Odiaba el hecho de no haber dejado pasar solo dos o tres minutos, sino cinco, hasta cambiar de opinión, levantarme para buscar los pantalones del chándal y atarme las zapatillas. Odiaba el hecho de no haber recorrido más deprisa aquellos quinientos metros, de que cuando llegué hasta él ya hubiera muerto y fuera incapaz de verme la cara y de oír mi voz para poder decirle todas las cosas que habría deseado contarle. Quizá todo el mundo supiera que yo era la chica que había perdido a su padre, la que estaba allí cuando él murió. Como tantas otras cosas, no podía controlarlo. Pero mi gran secreto era que estaba furiosa y asustada. Y eso ellos no podían adivinarlo. Solo yo lo sabía.

Cuando llegué a casa después de despedirme de los Talbot, vi una caja en el porche. En cuanto me incliné y leí la dirección del remitente, supe lo que era.

—¿Mamá?

Mi voz resonó en el vestíbulo vacío cuando entré y cerré de un portazo. En el comedor, había folletos amontonados junto a varios ramos de flores, todo preparado para el cóctel que mi madre celebraba aquella noche. Se estaba empezando a construir la última fase de su urbanización, chalets adosados de lujo, y tenía que venderlos. Lo cual quería decir que se hallaba en modo perorata total, circunstancia evidenciada por el cartel colocado sobre la chimenea que mostraba su rostro sonriente y el eslogan INMOBILIARIA QUEEN. PERMÍTANOS CONSTRUIR LA CASA DE SUS SUEÑOS.

Dejé la caja encima de la isla de la cocina, justo en el centro, y me acerqué a la nevera para servirme un vaso de zumo de naranja. Me lo bebí de un trago, enjuagué el vaso y lo metí en el lavavajillas. Pero daba igual que procurara mantenerme activa. Todo el tiempo tuve en mente la caja que seguía ahí encima esperándome. No había hacer otra cosa más que pasar por el trance cuanto antes.

Saqué unas tijeras del cajón de la isla y hendí la tapa de la caja de un lado a otro para rasgar la cinta de embalaje marrón. El remitente, como el de todas las demás, era de Waterville, Maine.

Querido señor Queen:

Por ser uno de los mejores clientes de Productos EZ, le enviamos nuestras novedades más recientes para que las estudie con detenimiento. Estamos seguros de que le parecerán tan satisfactorias e idóneas para ahorrar tiempo en su vida diaria como los demás artículos que ha comprado a lo largo de los últimos años. No obstante, si por cualquier motivo no quedara usted enteramente satisfecho, podrá devolverlas en un plazo de treinta días y no se efectuará cargo alguno en su cuenta.

Gracias de nuevo por su apoyo. Si tiene alguna duda, por favor no dude en ponerse en contacto con nuestro servicio de atención al cliente llamando al número que encontrará al final de esta carta, donde lo atenderán con sumo gusto. Son las personas como usted las que nos estimulan para intentar hacer la vida mejor, más productiva y, sobre todo, más fácil. EZ no es solo una marca: es una promesa.

Saludos cordiales.

Walter F. Tempest

Presidente de Productos EZ

Saqué a puñados las bolitas de polietileno y las amontone con cuidado junto a la caja hasta encontrar el paquete. Había dos fotografías en la parte frontal. La primera mostraba a una mujer de pie junto a la encimera de una cocina con unos veinte rollos de papel de aluminio y de papel de horno apilados frente a ella. Tenía expresión de contrariedad, como si fuera a sufrir una especie de crisis de un momento a otro. En la segunda foto, la misma mujer estaba delante de la misma encimera. Las cajas habían desaparecido y en su lugar se veía una consola de plástico adosada a

la pared. La mujer la estaba abriendo y sacando plástico para envolver, ahora con la expresión beatífica que normalmente se asocia con imágenes de la Virgen o de gente con fuertes dosis de medicación.

«¿Cansada de tener que lidiar con el desbarajuste de tantos tipos de plástico y papel de aluminio? ¿Harta de rebuscar en alacenas y cajones desordenados? Compre el nuevo Organizador de Envoltorios y podrá acceder fácilmente a todo lo que necesite. Gracias a sus cómodas ranuras para bolsas de congelación y bocadillos, papel de aluminio y papel de horno, nunca más tendrá que revolver en un cajón. ¡Todo está aquí, al alcance de la mano!»

Dejé la caja encima de la isla y pasé el dedo por los bordes. Es curioso lo que nos hace echar de menos a alguien. Podía soportar un funeral abarrotado de gente, incontables mensajes de pésame, una recepción llena de voces lastimeras. Pero cada vez que llegaba un paquete de Maine se me rompía el corazón.

A mi padre le encantaban esas cosas: tenía debilidad por todo aquello que afirmaba hacer la vida más fácil. Lo cual, combinado con su propensión al insomnio, daba como resultado un cóctel letal. Solía quedarse en la planta de abajo de casa revisando contratos o enviando correos electrónicos hasta muy tarde, con el sonido de fondo de la televisión, hasta que llegaba un publrreportaje. Se enganchara inmediatamente, primero al parloteo alegre y forzado entre el presentador y el diseñador del artefacto, seguido de los regalos adicionales que se conseguían solo por «Hacer su pedido ahora», momento en el que ya estaba sacando su tarjeta de crédito con una mano y marcando el número de teléfono con la otra.

—¡Te digo que es lo que yo llamo una auténtica innovación! —exclamaba excitado por el entusiasmo precompra.

Y para él también era innovador el Paquete Gigante de Tarjetas de Felicitación que compró para mi madre —incluía felicitaciones para todas las festividades, desde la Kwanzaa de los afroamericanos hasta los solsticios, pero ni una sola tarjeta navideña—, y el artilugio de plástico que parecía una

trampa para osos en miniatura y prometía hacer «el perfecto Moño Francés» y que un día tuvieron que terminar cortando para desenganchármelo del pelo. No importaba que nosotras estuviéramos hartas de los Productos EZ: nuestro escepticismo no disuadía a mi padre. Le encantaba su potencial, la posibilidad de que allí, entre sus manos ávidas, se encontrara la respuesta a una de las preguntas trascendentales de la vida. No «¿por qué estamos aquí?» ni «¿existe Dios?». La humanidad llevaba siglos tratando de resolver esos interrogantes sin conseguirlo. Pero si la pregunta era «¿existe un cepillo de dientes que también funcione como ducha bucal?», la respuesta estaba clara: Sí. Por supuesto.

«¡Venid a ver esto!», exclamaba con un entusiasmo que, pese a no ser exactamente contagioso, era absolutamente adorable.

Así era mi padre, capaz de hacer que cualquier cosa pareciera divertida. Y mientras nos ponía delante los posavacos de esponja, o la grabadora de bolsillo, o la cafetera con mando a distancia, explicaba: «Es una idea genial. Vamos, que la mayor parte de la gente ni se imaginaría que alguien podría idear algo así».

Aunque solo fuera por necesidad, yo había perfeccionado mi reacción ya de pequeña: cara de ¡caramba, fíjate!, acompañada de un entusiástico gesto de aprobación. Mi hermana, la reina de la interpretación, ni siquiera era capaz de fingir una sonrisa, así que se limitaba a menear la cabeza y decir: «Pero papá, ¿para qué compras todas esas chorradas?». En cuanto a mi madre, intentaba tomárselo con deportividad y guardaba su cafetera de última generación para sustituirla por la nueva con mando a distancia; al menos hasta que nos dimos cuenta –después de que el olor a café nos despertara a las tres de la madrugada– de que había interferencias con los intercomunicadores que la familia de al lado utilizaba para escuchar al bebé y se ponía en funcionamiento de manera espontánea. Incluso aceptó sin rechistar el dispensador de pañuelos de papel que instaló en el retrovisor de su BMW –«¡No vuelva a correr riesgo de accidente intentando alcanzar un pañuelo!»–, hasta el día que